

Presentación

Alfredo Vigo Trasancos

Es bastante habitual que lo que tradicionalmente entendemos por Cultura, en su acepción más elevada y elitista, aparezca con frecuencia asociado a una cierta práctica o manifestación del poder que, además, muy rara vez deja de contar con promotores, comitentes o mecenas que buscan así reafirmar su condición e ideología en un determinado período histórico. Fue así, de hecho, a lo largo de toda la Edad Media y más si cabe durante el período que denominamos Antiguo Régimen dominado como estuvo por los absolutismos; pero no hay que olvidar que incluso en la época contemporánea tanto la burguesía como el proletariado, a través de sus sistemas más característicos –capitalismo y socialismo–, tampoco han renunciado al ejercicio del poder o a dirigir sus actividades de tipo cultural conscientes en todo momento de la eficacia de sus resultados, sobre todo en el terreno de lo propagandístico. De ahí que me haya parecido muy oportuno dedicar el presente número de la revista *Semata* –el 10 ya de su interesante andadura– al estudio de estos términos: “Cultura, poder y mecenazgo” que el investigador bien puede abordar de una manera aislada o individual o, por el contrario, en su triple asociación para de este modo determinar el grado de dependencia que entre ellos haya podido existir a lo largo de la Historia.

Tal vez lo interesante y atractivo de la propuesta es lo que explique que no hayan faltado colaboraciones de carácter muy diverso, siempre preocupadas por abordar lo complejo del tema de un modo amplio e interdisciplinar acogiendo al talante propio de la revista que siempre ha dado cabida a los puntos de vista de historiadores, geógrafos e historiadores del arte. Era, pues, éste un requisito que no se podía olvidar a la hora de escoger un título que resultase de interés común y aglutinador. Sin embargo, era

igualmente necesario otorgarle al volumen una organización que resultase lógica y coherente, que tuviera además unos marcos específicos, unos protagonistas y a la vez un hilo conductor; por eso que decidiese al final dividir el volumen en dos grandes bloques diferenciados uno de los cuales se centra en aquellas investigaciones que tienen una preocupación preferentemente conceptual, en donde se abordan aspectos teóricos o cuestiones de tipo definitorio; y el otro, en cambio, pensado para acoger aquellos estudios que prefieren analizar casos concretos desde el Medioevo hasta la actualidad donde la “cultura”, siempre interesada, aparece aliada a determinados comitentes, a un contexto muy concreto de la civilización europea occidental y, finalmente, a un particular tipo de poder.

Visto así, tiene sentido que en el primer bloque tengan cabida artículos aparentemente tan dispares o heterogéneos como los firmados por Vázquez Varela, Goberna Falque o López Silvestre, que se centran respectivamente en el interés por evidenciar el fundamento chamánico que aparece asociado al poder en la etapa de formación de ciertas sociedades complejas de la América Precolombina tan distintas en principio a las europeas; en las ideas que, sobre la “Cultura”, tuvo la Europa de las Luces especialmente en los ambientes ilustrados franceses, británicos y alemanes; o que la propia concepción del “poder” ha de ser entendida de una manera menos restringida a la luz de lo que se ve en ciertos dibujos eróticos de Picasso y en las audaces teorías de Foucault autor de una curiosa Historia de la sexualidad que tanto se aparta, por cierto, de los más comunes convencionalismos. Por el contrario, en el segundo bloque, dada la gran diversidad de “poderes” existentes y el número de colaboraciones, ha sido necesario no sólo otorgarle una secuencia de tipo temporal que me pareció la más propia, sino especialmente una diferenciación tipológica, lo que explica la existencia de distintos apartados destinados a diferenciar las actividades promovidas por reyes e instituciones o cargos públicos asociados comúnmente al poder real y al propio Estado; las empresas auspiciadas por la Iglesia y el poder eclesiástico; un tercero vinculado al medio y promoción señorial y, el cuarto, por último, con otro tipo de poderes a fin de dar cabida a tantas manifestaciones que tanto tienen que ver con la realidad más actual.

El compromiso regio y estatal con las actividades culturales queda así de manifiesto en los trabajos de Sánchez Ameijeiras, Vázquez Castro, Rosende Valdés, Vigo Trasancos y Barral Martínez, interesados en analizar ciertas realizaciones promovidas por reyes como Alfonso VIII de Castilla en lo que fue “çementerio real” del monasterio burgalés de Las Huelgas, el rey de Francia Luís XI en la construcción de la Torre del Reloj de la Catedral de Santiago, los Reyes Católicos en su política artística y devocional en la ciudad de Santiago o de destacadas personalidades y cargos públicos como el capitán general Pedro Martín Cermeño que asumió empresas urbanísticas en la Galicia dieciochesca o Eugenio Montero Ríos interesado por potenciar la Universidad Compostelana aprovechando las circunstancias favorables de su importante cargo ministerial en la época de la Restauración.

La actividad cultural y artística de la Iglesia queda también resaltada con las investigaciones de Castiñeiras González, Rodríguez G. de Ceballos, Rey Castelao y Taín Guzmán, preocupadas en destacar el papel político y espiritual que cumplió el atrio y plaza de Platerías en la Compostela de Gelmírez, la manera en que la sensibilidad religiosa del barroco español trató de interpretar la noción del “bel composto” berniniano en eminentes realizaciones artísticas del siglo XVIII español como el Transparente de la Catedral de Toledo o el sagrario de la Cartuja de Granada, o el protagonismo que tuvieron ciertos sectores del clero de la Galicia del Antiguo Régimen en la producción e impresión libresca o, simplemente, en la formación de ricas bibliotecas personales que demuestran gusto, sensibilidad y fuertes inquietudes intelectuales como se ve en la que poseyó, a mediados del siglo XVIII, el cultísimo canónigo santiagués Diego Juan de Ulloa.

A su vez, el amplio espectro que conforma lo que podríamos denominar poder señorial con todas sus implicaciones culturales y artísticas queda puesto de manifiesto en las realizaciones promovidas por caballeros y aristócratas entre los que sobresale, por su interés y por ser centro de atención de varios estudios, Fernán Pérez de Andrade o Bóo, señor de Pontedeume, a quien dedican sus artículos Núñez Rodríguez, interesado por ahondar en todas las posibles lecturas e intenciones póstumas que pueden aflorar en las imágenes que acompañan su sepulcro brigantino, Fraga Sampedro y, en buena parte, también Fernández Rodríguez que analizan sus inquietudes e intereses en sus últimas obras de promoción devocional –convento de Santa Catalina de Montefaro y las parroquiales del Sor– y las de su esposa Constanza de Moscoso que, ya viuda, acometió la conclusión, a principios del siglo XV, de la iglesia de Santa María do Azogue en la ciudad de Betanzos.

Con idéntica atención a promotores preferentemente laicos y aristocráticos cabe ver los contenidos de los artículos compartidos de Barral Rivadulla y Cendón Fernández y Díez Platas y Monterroso Montero, centrados en estudiar su “presencia” en realizaciones góticas fundamentalmente funerarias –capillas familiares, yacentes, heráldica, etc.– o en la propia apreciación bien literaria o artística de obras mitológicas de la Antigüedad como las Metamorfosis de Ovidio que fueron muchas veces editadas con ricos grabados a lo largo del siglo XVI con destino a un público ciertamente culto a la vez que integrante de un importante grupo de poder.

Por último, sólo me queda reseñar las contribuciones vinculadas al último apartado que lleva por título “otros poderes, otros medios”. Era necesario porque, en el mundo actual, los poderes tradicionales o han cambiado en parte de signo u orientación o se han visto, sencillamente, sustituidos por otros de nuevo cuño; no sólo se vinculan a los que hasta aquí hemos mencionado, más propios de otras épocas. Se entienden, pues, las aportaciones de Folgar de la Calle, interesado en resaltar la labor de Víctor Ruppen una de las escasas personalidades dadas a promocionar desde ámbitos poco comunes la producción cinematográfica gallega, o de Escudero Gómez que aborda la importancia de la prensa diaria coruñesa, entendida como “Cuarto poder”, en labores de difusión cultural.

Todo esto compone, en definitiva, un volumen de gran interés, rico de contenidos, interdisciplinar y variado en sus contribuciones que ha sido posible, ciertamente, por la valía de los distintos colaboradores que han dejado muestras más que sobradas de su capacidad investigadora, inteligencia y modernidad de planteamientos. Sin duda lo valioso de sus aportaciones ha hecho que el resultado sea un éxito y que fuese muy fácil mi labor de coordinación. Es justo, por tanto, que desde aquí quiera dejar testimonio público de mi agradecimiento hacia todos ellos pues me han demostrado en todo momento un grado de amistad poco común y una enorme generosidad profesional.